

El desarrollo individual en contextos modernos: teoría de la modernización vs teorías de la modernidad

Pedro José Vieyra Bahena

Correspondencia: pedro.vieyra@
correo.uia.mx
Profesor. Universidad Iberoamericana

Fecha de recepción:
28-julio-2020

Fecha de aceptación:
28-noviembre-2020

Introducción

Una de las principales preocupaciones de las ciencias sociales consiste en la búsqueda de explicaciones que ayuden a entender la configuración de prácticas, formas de organización y esquemas de pensamiento social en épocas y lugares distintos, con la finalidad de comprender de una mejor manera las características de la sociedad. Uno de los derroteros que ha servido a este propósito es el análisis de la modernidad y se considera, al menos desde la sociología, que estudiarla es importante puesto que implica: formas de organización específicas, relativas a modos de producción, tipos de gobierno y normas y leyes que rigen el actuar colectivo; configuraciones culturales y psíquicas asociadas a formas de pensar, plantear objetivos y búsquedas del bienestar; y, diferenciación individual tanto psíquica como social, materializadas en prácticas, metas, anhelos de realización personal y elección de autoridades para regir la existencia.

En este sentido, tomar en cuenta los aspectos de la modernidad permite comprender el telón de fondo de los distintos contextos sobre los que se llevan a cabo prácticas sociales y políticas, configuraciones institucionales, causas y consecuencias económicas, etcétera. Además, ayuda a conocer tanto la conformación de instituciones sociales como la mentalidad que facilita percibir al mundo y actuar en él.

La mayoría de los elementos destacados por las teorías de la modernidad son también una constante en los análisis del desarrollo regional, social e individual. Desde el ámbito público y del científico-social, la búsqueda de este proceso¹ se vio materializada con el

¹ De acuerdo con Long (2007), este desarrollo se ha entendido de distintas maneras, que van desde el incremento en los niveles de producción, redistribución del ingreso, equidad o bienestar general, combate a la pobreza, hasta acciones políticas para mejorar las oportunidades de vida de los grupos vulnerables.

surgimiento de la teoría de la modernización a mediados del siglo XX, a través de la cual se ha buscado, desde el ámbito público y económico, encauzar a regiones y sociedades a la consecución de mejoras que impliquen, además de bienestar, rasgos de lo que se considera como moderno.

Sin embargo, en la mayoría de los análisis para la búsqueda del desarrollo solo se toman en cuenta elementos establecidos por la teoría de la modernización, y sus distintas vertientes, pero no se consideran aquellos que son inherentes a la modernidad y que no fueron promovidos de manera intencional por algún agente o institución social. En este documento se propone distinguir la teoría de la modernización de las de la modernidad, con el objetivo de integrar los elementos de ambas propuestas que deben ser considerados en los diferentes análisis sobre el desarrollo y las formas de implementarlo. Al mismo tiempo, se destacan los aspectos relativos al desarrollo individual establecidos por los estudios de la modernidad, que pueden ayudar a complementar las características de lo que comúnmente se ha entendido por desarrollo regional y social.

1. Teoría de la modernización

A mediados del siglo XX, como parte de la consolidación del modelo económico del Estado de Bienestar, cobró importancia la teoría de la modernización, en un intento para incidir en el crecimiento económico de los distintos países que adoptaron dicho modelo económico-político. Esta perspectiva teórica, de manera general, se ha caracterizado por la búsqueda de elementos que puedan ser establecidos y dispuestos por el Estado, tanto para generar el desarrollo de sus habitantes como para motivar cambios de mentalidades relacionados a la percepción de la política, la economía y la cultura. De esta manera, de acuerdo con Habermas (1989), la modernización a la que aluden los representantes de esta teoría consiste en una serie de procesos acumulativos que se refuerzan mutuamente: a la formación de capital y movilización de recursos; al desarrollo de las fuerzas productivas y al incremento de productividad del trabajo; a la implantación de poderes políticos centralizados y al desarrollo de identidades nacionales; a la difusión de los derechos de participación política, de las formas de vida urbana y de la educación formal; a la secularización de valores y normas, etcétera.

Lo que se ha pretendido lograr con la utilización de la teoría de la modernización, de acuerdo con Appadurai (2015), es que los cambios sociales en todo el mundo converjan en dirección a grandes niveles de una agrupación clave de bienes públicos, libertad, igualdad, productividad y prosperidad, asegurados mediante la propagación deliberada de herramientas específicas de tecnología, producción, espíritu empresarial y educación. Además, de acuerdo con el mismo autor, esta teoría depende de la fuerza de elementos como la inversión social planificada, las fuerzas de desarrollo en gran escala y el poder de amplias disposiciones psicosociales al riesgo, el bienestar colectivo y la justicia. Así, esta perspectiva pretende incidir en los tomadores de decisiones para generar un desarrollo al interior de su nación.

En el caso de América Latina, de acuerdo con Girola (2008), a partir de los años cincuenta del siglo XX también hizo su aparición la teoría de la modernización, la cual fue precursora de una serie de propuestas que buscaban analizar las características que podrían ser modificadas desde el ámbito público, económico y social para establecer el desarrollo en la región. De esta manera, hasta la mitad de los años setenta aparecieron las teorías del desarrollo, de la dependencia y las propuestas de la CEPAL. A través de la implementación de algunos postulados establecidos por todas estas teorías, se ha buscado conocer el grado del desarrollo político, económico y social por medio de estudios que buscan medir qué tan modernos son los países de Latinoamérica. Esto es, al tener siempre como modelo a las principales naciones desarrolladas de Europa y a los Estados Unidos, se ha pretendido saber en qué medida estos países se acercan o se alejan a las características “modernas” de estas sociedades. Así, han emergido lo que se ha denominado los imaginarios socioculturales de la modernidad (Girola, 2007), que no son otra cosa que una imagen surgida desde la ciencia social y del ámbito político de lo que se considera como “ser modernos”. Sin embargo, los elementos que se miden para caracterizar lo moderno, con los indicadores de la teoría de la modernización, proporcionan un saber incompleto debido a que no se le presta atención a las características de la modernidad que no fueron incentivadas desde el ámbito público-político.

2. Teorías de la modernidad

Las diferentes vertientes de la teoría de la modernización tienen su origen en las teorías de algunos sociólogos clásicos, principalmente Émile Durkheim y Max Weber, quienes delinearon el origen y las características principales de la modernidad, vista no como un

proceso inducido de manera intencional desde el Estado y las élites económicas, sino entendida a manera de configuración política, económica y cultural, aparecida debido a distintos procesos que convergieron para dar lugar a un nuevo tipo de sociedad muy distinta de la tradicional. De acuerdo con Giddens (1993), dichos autores describieron los rasgos esenciales de una “primera modernidad” o “modernidad inicial”.

2.1 La teoría de la modernidad en Émile Durkheim y Max Weber

Si bien, Durkheim no habló en su obra de una sociedad moderna propiamente, sí destacó las características de las sociedades industrializadas que claramente aluden a lo que, a partir de la década de los ochenta y noventa del siglo pasado, se consideraron como rasgos de la modernidad. Desde una lectura personal de sus principales textos, puede conjeturarse que la modernidad para él es originada por la solidaridad orgánica, la cual, teniendo como base a la industrialización a través de la división del trabajo, mantenía unida a la sociedad debido a que, realizando su labor profesional, cada individuo contribuía a la satisfacción de las necesidades de las demás personas.

Conforme la sociedad se complejizó, debido a la aparición de distintos órganos con funciones especializadas, la conciencia colectiva (creencias, normas y sentimientos comunes) fue perdiendo la capacidad para mantener cohesionada a la sociedad, por lo que a pesar del derecho restitutivo apareció la anomia, que significa falta de regulación en los procesos sociales, ejercicio profesional disfuncional y falta de límites a la conducta de algunos individuos; esta última como caso extremo puede llevar al suicidio (Durkheim, 2012a; 2012b). Por lo tanto, se puede considerar que la modernidad para Durkheim consiste en la unión de la sociedad a través de la especialización profesional, con la anomia como fenómeno patológico, derivada de procesos disfuncionales en la división del trabajo y la falta de regulación.

Además, en relación con el desarrollo individual en la modernidad, el autor lo analizó bajo el concepto de individualismo y estableció que consiste en una moral cívica que se relaciona con las reglas que rigen en una comunidad política, en la que existen derechos que deben ser garantizados. Estos derechos generan prácticas que tienden a crear ideales personales cuya realización dependerá de las condiciones políticas y sociales de una sociedad particular. En este sentido, el Estado juega un papel fundamental, puesto que es el encargado

de establecer los derechos del individuo y sus respectivas defensas con la intención de ayudar a las personas a consumir sus metas y anhelos para lograr su desarrollo personal (Durkheim, 1966).

Por otra parte, de acuerdo con Lyon (2000), para Max Weber la base de la modernidad es la racionalización, que significa la adopción de una actitud calculadora hacia más y más aspectos de la vida. El enfoque racional subyacente a la ciencia encontró su expresión más dinámica en la economía capitalista, penetrando sistemáticamente en cada sector de la sociedad, por lo que la autoridad derivaba cada vez más de esta racionalidad calculadora y cada vez menos de la tradición. El cálculo preciso era una fuente de control y un instrumento de dominio, puesto que permitía domar a la naturaleza y someter a los trabajadores; además, su máxima expresión es la burocracia.

Para este autor, lo que consolidó a la modernidad en la mente de las personas fue la unión del Estado con el capitalismo, la cual generó una imagen del mundo en el individuo que orienta su acción y encuentra apoyo en los fundamentos del orden económico (Weber, 2003; 2011; 2014). Siguiendo este planteamiento, se puede asegurar que la repercusión social de la forma en que se lleva a cabo la actividad económica capitalista, junto con la dominación legal del Estado racional consiste en que ambos determinan el rumbo de la vida de las personas en la Era Moderna, puesto que la economía establece las alternativas para allegarse el sustento, así como ciertas formas de desarrollo individual y el Estado, a través de la administración pública, dicta las reglas para hacerlo y, por lo tanto, para guiar su acción (Vieyra y Hernández, 2012). De la misma manera, se puede conjeturar que el Estado y la Economía generan contextos político-económicos, esencialmente a través de la administración pública y del funcionamiento racional económico, que son los que percibe el individuo, a manera de imagen del mundo, como el marco ideal para materializar sus valores a través de normas y reglas de acción en sus principales ámbitos vitales para consolidar su desarrollo (Vieyra, 2016).

2.2 Teorías de la modernidad contemporánea

Hacia fines del siglo XX e inicios del XXI, se estableció que las características más significativas descritas por los clásicos de la sociología se habían transformado, dando paso a aspectos novedosos que hacían distinta a la modernidad. Los cambios más importantes

fueron: la aparición del Estado neoliberal, la desregulación económica, la emergencia de la globalización y la flexibilización del capitalismo; así como la diversificación de las formas de vida de los individuos, incentivada por el surgimiento de distintas ideologías que son utilizadas para guiar la existencia y buscar el desarrollo individual. De entre todas las posturas que describen a la modernidad contemporánea existen algunas que pueden ser consideradas como las más importantes, debido a que probablemente los elementos que describen están presentes en gran parte de occidente, tanto en naciones desarrolladas como en vías de desarrollo.

En primer lugar, se puede destacar la propuesta de Bauman (2002) quien bajo el concepto de modernidad líquida busca denotar tanto la diversificación de las formas de vida individuales y los cambios rápidos en todos los ámbitos vitales, así como la adopción de una postura metodológica, para poder entender, desde la sociología, lo cambiante de ciertas estructuras y la heterogeneidad de las prácticas sociales. Para este autor, el primer tipo de modernidad fue consolidada durante el Estado Benefactor, cuyas configuraciones societarias define como modernidad pesada para diferenciarlas de las contemporáneas, incididas por el proyecto económico-político neoliberal.

Desde su perspectiva, la sociedad de la modernidad pesada se caracterizaba por el totalitarismo: ser, pertenecer, hacer, de una misma manera siguiendo los estereotipos de clase, género, etarios, así como los patrones de consumo y de comportamiento grupal. El control político se direccionaba a encauzar la acción colectiva e individual, bajo la noción de progreso, de ahí que las formas políticas e ideologías de partidos (en su búsqueda de poder) se enfocaran en ello. Sin embargo, cuando se adopta el neoliberalismo y se desregula la economía se pierde el sentido del progreso, traducido en el bien común. De ahí que, según Bauman (2002), las personas hayan alcanzado la libertad, puesto que al haber perdido peso la noción de progreso colectivo y al desdibujarse la guía autoritaria de individualización, se deja al individuo “libre” para poder perseguir su desarrollo como mejor crea conveniente, por lo tanto, las normas de acción política pierden sentido, la clase social ya no obliga a seguir comportamientos específicos y las metas sociales se diversifican.

De esta manera, la política, como movilización colectiva, pierde significación ante la política de vida (quién ser, cómo hacerlo y a quién obedecer) ya que emergen múltiples autoridades que legitiman tanto las pretensiones como los caminos y las mismas prácticas individuales. Al tener “plena libertad” el individuo se preocupa más por sus

anhelos personales y se desentiende de ideales colectivos, así inunda el espacio público con preocupaciones privadas. Además, como el desarrollo individual es concebido como responsabilidad de la persona, pero sin una guía que le muestre de manera clara los caminos a seguir, recurre a los ejemplos de vida de otras personas a través de *talk-shows*, biografías de gente exitosa, programas televisivos, etcétera. Pero, al buscar compulsivamente ejemplos y consejos para constituir su desarrollo, el individuo adopta la actitud del consumidor, consume formas de vida, ideologías y ejemplos, que puedan ayudarlo en la tarea que le fue delegada por el poder político y social. De ahí que elija formas que puede desechar si no le funcionan y buscar nuevas que son ofertadas por múltiples medios. Las principales consecuencias son: la fragilización de los vínculos humanos y la angustia e incertidumbre ante la falta de guías prácticas para consolidar su desarrollo.

Acerca de la noción del trabajo, Bauman considera que, al perder significación la noción de progreso, y con las características actuales del capitalismo flexible (contratos a corto plazo, cambios súbitos en la administración, amenazas constantes de paro) este fenómeno ha ido perdiendo la centralidad como valor dominante, y por lo tanto ya no puede generar y fijar definiciones del yo, identidades y proyectos de vida; tampoco puede ser pensado como fundamento ético de la sociedad, ni como eje de la vida individual. Desde su perspectiva, en la modernidad líquida, el trabajo ha adquirido un significado mayormente estético, puesto que se espera que resulte gratificante en y por sí mismo sin considerar su papel en el progreso humano por parte del individuo.

Con la flexibilidad capitalista contemporánea, el trabajo es fuente de incertidumbre, a la cual el individuo debe afrontar solo sin el apoyo de algún sindicato o de la clase social, de ahí que en la actualidad las amenazas o consecuencias del desempleo o subempleo sean vividas de manera individual. Durante la modernidad pasada, el trabajo era visto como una carrera larga, en la cual se deberían hacer sacrificios para encontrar una gratificación final, lo cual implicaba valores como el compromiso y el esfuerzo. Sin embargo, con las características actuales, el individuo ya no posterga la gratificación (principalmente la busca en el consumo tanto de bienes como de relaciones afectivas), lo que impacta en la minimización del compromiso y del esfuerzo a largo plazo.

En segundo lugar, puede destacarse la propuesta de Giddens (1993; 1995), para este autor, las condiciones de la modernidad son las que proporcionan determinados elementos para la conformación de la identidad del yo. La manera en que define este concepto es

aludiendo a la formación, por parte del individuo, de un modo de vida específico, elegido entre una variedad de opciones modeladas por las instituciones sociales. Además, la forma de vida seleccionada se manifiesta en todos los contextos en que actúa e interactúa el individuo con los demás.

En general, para Giddens (1993; 1995), los elementos de dinamismo de la modernidad y la universalización de los patrones culturales han ocasionado que en la etapa contemporánea surjan situaciones que en los inicios de esta no se encontraban presentes y que en la actualidad son generadores de una radicalización de la modernidad. Por lo que la sociedad actual se caracteriza por un alto grado de escepticismo, así como un reconocimiento del alto grado de riesgo y peligro, generados por la ciencia y la tecnología. Estos elementos aparecen debido a que el dinamismo de los cambios en la modernidad genera que el individuo se enfrente constantemente a la idea de la contingencia, que significa que este ya no esté seguro de que sus acciones ejecutadas en cualquier ámbito sigan una determinada dirección y experimenta la sensación constante de que se puede ver afectado por sucesos no previstos. La importancia del escepticismo y de las situaciones de riesgo y peligro se encuentra en que el individuo tiene que organizar su futuro de manera constante, tomando en cuenta las situaciones que se van generando en su presente, esto es, de manera reflexiva.

Por otra parte, Giddens también afirma que en la modernidad los cambios de la identidad del yo están relacionados con los principales cambios en todo el mundo, debido a que existe una conexión entre los aspectos íntimos y los grandes vínculos sociales. De acuerdo con su perspectiva, las transformaciones generadas por la separación del tiempo y espacio, los sistemas abstractos y la reflexividad, junto con la tendencia a la universalización, analizadas en su texto *Consecuencias de la modernidad* (1993), hacen que para la constitución de esa crónica coherente de la biografía que constituye la identidad, el individuo recurra de manera reflexiva a su pasado y a su futuro para organizar constantemente su presente. Así, considera que este se sitúa ante una pluralidad de opciones producidas por los mecanismos institucionales de la modernidad dentro de las cuales debe elegir sus principales elementos para constituir su individualidad (Giddens, 1995).

De esta manera, argumenta que en la modernidad contemporánea el principal problema para la constitución del yo es el de la elección, debido a que se relaciona directamente con los elementos fundamentales de la construcción de la crónica biográfica que son los estilos, planes de vida, relaciones íntimas y el manejo del cuerpo (Giddens, 1993; 1995).

Al respecto, argumenta que los estilos y los planes de vida crean situaciones institucionales que le permiten al individuo configurar sus actos; de esta manera, el autor considera que las elecciones entre ambos elementos no se llevan a cabo por el mero deseo del individuo, porque las oportunidades institucionales son las que configuran las elecciones de estilo y planes de vida (Giddens, 1993).

Por otro lado, las relaciones íntimas en la modernidad tardía también son parte de la identidad. A fin de establecer la forma en que estas se efectúan en la modernidad tardía, Giddens establece su teoría de la relación pura (1995; 2008). Bajo este concepto, el autor busca establecer las características de las relaciones contemporáneas. De manera general, la caracterización de estas se basa en la búsqueda del amor confluyente, que significa la pretensión de satisfacción que puede brindar la relación en sí y del grado de seguridad que proporciona la misma a quienes participan en ella. También, las relaciones (amorosas y de amigos) no tienen condicionantes externos, sino meramente se basan en la satisfacción que brindan a quienes participan de ella, por lo que en la modernidad tardía existe una transformación de la intimidad, donde la confianza y la entrega son parte importante de las relaciones afectivas.

En tercer lugar, se puede mencionar la propuesta de Beck (2006), para este autor desde fines del siglo XX en el occidente moderno se vive en una sociedad del riesgo, debido a los grandes cambios, principalmente industriales y políticos que se suscitaron a partir de la implementación del Estado de Bienestar en los años cincuenta en los países avanzados. De manera general, los riesgos a los que Beck se refiere tienen que ver con los efectos secundarios generados principalmente por la naturaleza, a consecuencia del aumento de la producción de riqueza: contaminación atmosférica, peligros nucleares, sustancias tóxicas en los alimentos, etcétera. Lo característico de estos riesgos es que no son perceptibles a través de los sentidos, pero también la ciencia se ve incapaz de detectarlos inmediatamente, por lo que ella los percibe cuando ya han hecho daño.

Según Beck (2006), los cambios que han dado paso a la sociedad del riesgo también han originado el surgimiento de una segunda modernidad, cuyos síntomas se pueden ubicar en tres aspectos fundamentales: 1) la relación de la sociedad industrial con los recursos de la naturaleza y la cultura sobre cuya existencia se construye dicha sociedad; 2) la relación de las amenazas y problemas producidos por ella, que exceden los fundamentos de las ideas sociales de seguridad, por lo que los supuestos del orden social resultan socavados una vez

que se toma conciencia de los riesgos; y 3) las fuentes de significación colectiva de grupos (conciencia de clase, fe en el progreso, etcétera) de la sociedad industrial sufrieron un agotamiento, así como quiebra y desencantamiento, por lo que su pérdida hizo recaer sobre los hombros de los individuos todo esfuerzo de definición.

Desde su perspectiva, el hecho de que en la segunda parte de la modernidad, en la sociedad del riesgo, el proceso de búsqueda del desarrollo individual haya sufrido cambios drásticos es consecuencia directa del Estado y las instituciones sociales. Esto se genera como consecuencia de la ampliación del sistema de seguridad social, por lo que las biografías de los individuos se institucionalizan de tal manera que las situaciones sistémicas son percibidas de manera biográfica y ya no desde la perspectiva de clase, estamento o capa social. Beck y Beck (2003) refiere que, en la etapa contemporánea, tanto ricos como pobres experimentan los efectos del mercado de educación y empleo de la misma manera; esto es, desde una perspectiva biográfica y no desde una situación específica de clase, por lo que los triunfos y los fracasos son pensados como consecuencia de elecciones personales y no como efectos de las instituciones políticas y económicas.

Para este autor, la búsqueda del desarrollo personal en la época contemporánea se caracteriza porque con los cambios societarios inducidos por el Estado, se configuran nuevas formas de socialidad, en donde el individuo ya no se siente comprometido con las exigencias de clase o estatus de la primera modernidad. La situación descrita ocasiona el surgimiento de nuevos ideales en los individuos, principalmente la búsqueda de una autorrealización o de la expresión y desarrollo de las propias características personales; esto es, surge en los individuos el anhelo de vivir la propia vida.

Finalmente, en cuarto lugar se debe mencionar la propuesta de Sennett, quien si bien no define un tipo de modernidad específicamente, sí analiza un elemento que ha configurado nuevos aspectos de algunas sociedades occidentales. En su texto *El declive del hombre público* (2011), anota que a partir de la segunda mitad del siglo XX se ha incrementado una “cultura intimista”. El autor entiende por intimidad el calor, la confianza y expresión abierta del sentimiento individual. Sin embargo, considera que para el individuo es muy difícil encontrar estos rasgos de intimidad, de esta manera emerge una obsesión por las gratificaciones en el ámbito íntimo, lo que ocasiona que el mundo exterior sea percibido como algo impersonal y carente de significado. De esta forma, para el autor, cuando la persona se refugia en la búsqueda de gratificaciones íntimas ocasiona que los principales aspectos

del ámbito público, entendido como la búsqueda del bien común, no puedan percibirse con claridad, debido a la pretensión de gratificación íntima en todas las interacciones sociales.

Sennett (2011) argumenta que el principal problema que ha generado la visión intimista de la sociedad consiste en un desinterés generalizado en los asuntos públicos, debido a que el individuo dedica sus esfuerzos en la interacción a su desarrollo en el ámbito íntimo, que se relaciona con la pretensión de calor y confianza en las relaciones con la familia y los amigos. Desde su perspectiva, esto ha generado que se considere a nivel social que la proximidad entre las personas sea un bien moral, por lo que el individuo aspira al desarrollo de la personalidad individual por medio de experiencias íntimas con los demás. De esta manera emerge la “ideología de la intimidad”, que traslada las categorías políticas al interior de las psicológicas y difumina la mayor cantidad de significaciones políticas y públicas importantes, porque existe una alta aspiración a la gratificación de la intimidad.

Sennett (2011) considera que, hacia el final del siglo XX, la intimidad se convirtió en una tiranía debido a que se consolidó como un patrón de verdad para calcular las complejidades de la realidad social; en la medida en que esa tiranía es dúctil, tiene éxito debido a que la percepción de la sociedad es alterada por la visión intimista. Así, el individuo busca eliminar la manifestación de costumbres, actitudes y modales que limiten la franqueza y honestidad recíprocas. El autor considera que es muy difícil la búsqueda del bien común porque es derrotada cuando se pretende que las relaciones sean más estrechas y cálidas, y no pueden percibirse las características políticas para su establecimiento debido a la alta pretensión de gratificación en las relaciones íntimas.

Conclusiones: teorías de la modernización vs teorías de la modernidad

Si se considera que la teoría de la modernización y sus sucedáneas han tenido como principal objetivo establecer los aspectos pertinentes para encauzar el desarrollo, también se debe tomar en cuenta que sus propuestas le dan mayor importancia a los agentes que promoverán los cambios necesarios para implementar mejoras. Es decir, el papel principal se le otorga al Estado o a los actores económicos, como elementos externos, que tienen capacidad de injerencia en una región determinada; esto es, el principal foco de interés de estas perspectivas se centra más en los procesos de intervención y en las condiciones que deben cubrir los elementos ajenos al segmento que se pretende beneficiar. Sin embargo, estas propuestas dejan

de lado las características de la modernidad que pueden estar o no presentes en el contexto en el que se pretende incentivar dicho desarrollo.

Se puede apreciar que, probablemente desde la óptica de la mayoría de los especialistas en el tema y los agentes políticos y económicos, para implementar el desarrollo, tomando en cuenta las características de las distintas vertientes de la teoría de la modernización, es necesario: realizar evaluaciones diagnósticas que muestren los elementos que requieren ser incididos para aproximarse a lo que los imaginarios socioculturales de la modernidad señalan; una carga simbólica externa, que puede consistir en el reparto de bienes encaminados a mejorar la producción o el nivel de vida de la población, el establecimiento de desarrollos industriales o de comercio para generar empleo, o simplemente conocimientos impartidos por especialistas ajenos al grupo; y, finalmente, una evaluación que permita observar los beneficios obtenidos por la objetivación del proyecto.

Sin embargo, estas fases solo implican que las variables a considerar consistan en aspectos relativos a los conocimientos, prácticas y formas de organización de los grupos a beneficiar, en el mejor de los casos, así como en el aspecto material para incentivar el desarrollo. Generalmente no existe un interés por diagnosticar cuáles son las características que las teorías de la modernidad señalan que están presentes en los individuos del occidente moderno; esencialmente las relacionadas a las nociones del desarrollo individual, el cual según lo expuesto no consiste exclusivamente en la búsqueda de ingresos económicos ni en el incremento de la producción.

Además, como el surgimiento de la teoría de la modernización se llevó a cabo en el auge del modelo del Estado Benefactor, las características de mejora que se han pretendido implantar, aún en la actualidad, se ciñen a las características de lo que Bauman (2002) ha denominado como “modernidad pesada” en la que el desarrollo era concebido como algo lineal y cuyas directrices estaban determinadas por la noción de progreso establecidas por el Estado y, sobre todo, tenía un significado unívoco y guiaba la acción colectiva en una sola dirección; lo que encauzaba la acción social en la búsqueda de consolidación de metas colectivas por encima de las individuales.

Posiblemente, la búsqueda del desarrollo, por parte de los analistas y de los agentes políticos, en la mayoría de ocasiones no produzca el efecto deseado debido a que las fases de diagnóstico y de intervención son concebidas desde una óptica en la que el Estado es el encargado de establecer las metas y características del bienestar, muy al estilo de lo que

se hacía en la etapa del modelo del Estado Benefactor, sin tomar en consideración que las características de la actual modernidad son distintas y han generado en la población significados heterogéneos de la noción de desarrollo.

Se puede considerar que para que tengan mayor éxito tanto los análisis académicos, así como las iniciativas de intervención pública, en relación al establecimiento del desarrollo, pudieran implementar en sus fases de diagnóstico la búsqueda de algunos de los elementos que resaltan las teorías contemporáneas de la modernidad, lo cual sería útil en dos sentidos: en primer lugar se tendrían elementos suficientes para saber de qué manera el individuo es moderno de acuerdo a las peculiaridades del contexto económico, político y social, en el que se pretenden establecer aspectos de mejora, esto es conocer cuál es la imagen del mundo que guía su desarrollo individual; en segundo lugar, se podría saber si las características del desarrollo regional o social coincide con la percepción que tienen las personas acerca de esta noción, para que de esta manera se pueda lograr un impacto realmente positivo.

Si a los aspectos que marcan las vertientes de la teoría de la modernización y las del desarrollo se les pudieran incluir los que destacan las teorías de la modernidad contemporánea, se tendría mayor certeza del éxito o fracaso tanto de la intervención como de la propuesta de políticas públicas. Por ejemplo, si el segundo tipo de propuestas indica que una de las preocupaciones del individuo es la consolidación de relaciones íntimas o la búsqueda del amor confluyente, se podrían establecer variables a través del diagnóstico de las características de las relaciones amorosas en la región a beneficiar: matrimonios, uniones libres, violencia intrafamiliar, formas de noviazgo, etcétera. Esto podría ayudar a saber si una política pública de microcréditos o de ayuda a negocios familiares tendría éxito o no, o en qué grado sería viable. También se estaría en condiciones de sugerir políticas públicas encaminadas a aminorar los embarazos en adolescentes o a prevenir la violencia de género.

Otro ejemplo puede ser lo relacionado a la consolidación del desarrollo individual. Si las teorías de la modernidad indican que uno de los principales problemas en la época actual es la existencia de una pluralidad de opciones para constituir el desarrollo personal, se debe buscar conocer cuáles son las expectativas de vida más significativas que tienen las personas y qué tipo de recursos (materiales, sociales, culturales) tienen en mente para materializarlas. Una vez que el analista o el evaluador tenga una idea aproximada de las peculiaridades de aspiraciones en la zona o región, se puede saber con mayor claridad qué instrumentación podría tener mayor éxito: establecimiento de zonas industriales, fomento al comercio,

producción artesanal en la que esté implicada la habilidad individual, etcétera; pero ya con una imagen de desarrollo que sea coherente con las aspiraciones de las personas involucradas y no exclusivamente desde el punto de vista de los tomadores de decisiones o los prejuicios del analista.

Otro aspecto que debe ser tomado en cuenta a la hora de diagnosticar y gestionar el desarrollo es el relacionado al riesgo. Quienes caracterizan a la modernidad contemporánea enfatizan que esta noción juega un papel muy importante, tanto en las prácticas sociales como en la búsqueda del desarrollo individual. Por lo tanto, para gestionar situaciones de mejora se debe saber anticipadamente cuáles son los principales elementos que la población considera como fuente de riesgo y de qué manera configuran sus prácticas cotidianas con base en dicha noción. Esto es, no sería muy prudente sugerir el establecimiento de industrias en una región en la que la población le teme a las consecuencias de la contaminación ambiental; de la misma manera, no sería factible fomentar el comercio o el turismo en zonas con alta incidencia delictiva.

Finalmente, un aspecto a tomar en cuenta tiene que ver con la percepción que las personas tienen del gobierno y de sus representantes. Si, como destacan los teóricos de la modernidad, esta se caracteriza por un alto desinterés de los asuntos públicos subordinándolos a los privados, se debe conocer, previo a la instauración de mecanismos de desarrollo, el grado de involucramiento de la población en relación a la búsqueda del bienestar común incentivada desde el Estado; puesto que en caso de no diagnosticarse el grado de interés, y de no incentivarse de manera adecuada, se corre el riesgo de gestionar proyectos que tengan una baja participación ciudadana y, sobre todo, que estén destinados al fracaso.

El hecho de destacar los elementos anteriores, no quiere decir que para la búsqueda y consolidación del desarrollo regional o social no se deba atender a las características que señalan las vertientes de la teoría de la modernización y perspectivas similares; por el contrario, lo que se pretende es sugerir que se complementen con los elementos que mayor atención han recibido por parte de las teorías de la modernidad contemporánea. Puesto que, si se toman en cuenta ambas caracterizaciones, se puede tener mayor claridad acerca del tipo de modernidad que se vive en una región, zona o sociedad determinada y posteriormente sea posible coadyuvar a un desarrollo más integral que fortalezca los indicadores de la modernización señalados por los imaginarios socioculturales de la modernidad predominantes en el contexto que se busca mejorar.

Además, si se toman en cuenta los estudios sobre la modernidad, el desarrollo podrá ser considerado como una percepción similar entre las personas, los analistas y el Estado, y no exclusivamente por los últimos dos. Asimismo, este fenómeno ya no será percibido como algo que por ser propuesto por los representantes de la esfera pública o por los analistas tendrá éxito de manera automática. Tomar en cuenta las características de modernidad de la población es necesario, porque hay que tener presente que, visto desde la sociología, un actor social es al mismo tiempo un individuo con anhelos, metas y valoraciones personales que son las que le guían en la búsqueda de su desarrollo.

Bibliografía

- Appadurai, A. (2015). *El futuro como hecho cultural. Ensayos sobre la condición global*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2002). *Modernidad Líquida*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Beck, U. (2006). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona, España: Paidós.
- Beck, U. y Beck-Gernsheim E. (2003). *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Barcelona, España: Paidós.
- Durkheim, É. (1966). *Lecciones de sociología. Física de las costumbres y del derecho*. Buenos Aires, Argentina: Schapire S. R. L.
- _____ (2012a). *El suicidio*. Madrid, España: Akal.
- _____ (2012b). *La división del trabajo social*. Madrid, España: Minerva Ediciones, S. L.
- Giddens, A. (1993). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- _____ (1995). *Modernidad e identidad del yo. El yo en la época contemporánea*. Barcelona, España: Península.
- _____ (2008). *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid, España: Ediciones Cátedra.
- Girola, L. (2007). Imaginarios socioculturales de la modernidad. Aportaciones recientes y dimensiones del análisis para la construcción de una agenda de investigación. *Revista Sociológica*, 64, 45-76.

- _____ (2008). Del desarrollo y la modernización a la modernidad. De la posmodernidad a la globalización. Notas para el estudio acerca de la construcción y el cambio conceptual, continuidades y rupturas en la sociología latinoamericana. *Revista Sociológica*, 67, 13-32.
- Habermas, J. (1989). *El discurso filosófico de la modernidad. (Doce lecciones)*. Madrid, España: Taurus.
- Long, N. (2007). *Sociología del desarrollo: una perspectiva centrada en el actor*. San Luis Potosí, México: El Colegio de San Luis/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Lyon, D. (2000). *Postmodernidad*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Sennett, R. (2011). *El declive del hombre público*. Barcelona, España: Anagrama.
- Vieyra Bahena, P. J. (2016). Notas para la caracterización teórica de la noción de individualismo moderno. *Iberofórum, Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*, 22, 64-97.
- Vieyra Bahena, P. J. y Hernández Prado, J. (2012). La noción de individuo moderno en la obra de Max Weber. *Revista Sociológica*, 75, 217-234.
- Weber, M. (2003). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2011). *Historia económica general*. México: Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2014). *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.